

# La resurrección espiritual



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## La resurrección espiritual

Nº 2554

Un sermón predicado la noche del Domingo 18 de Noviembre de 1855 por Charles Haddon Spurgeon. En la Capilla New Park Street, Southwark, Londres. (Fue leído el Domingo 30 de enero de 1898).

*“Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”.* — Juan 11: 43.

Tal vez el legítimo tema de un sermón sobre este texto, debería ser la resurrección de los muertos. Lázaro había muerto y estaba enterrado en su tumba. Al llamado de sus hermanas, Jesucristo vino a verlas. Su visita respondía al doble propósito de consolar a la afligida familia y restaurar al muerto. Si habláramos por unos instantes sobre las maravillas de la resurrección, se trataría de un asunto bendito y excelente. Por lo tanto, lo haré brevemente, y luego nos abocaremos al tema principal de esta noche, que tendrá que ver más bien con la resurrección espiritual de la muerte espiritual, que con la resurrección natural que todos experimentaremos pronto.

El hecho que Lázaro haya salido de su tumba después de haber permanecido allí cuatro días, cuando ya su cadáver hedía, al ser llamado por la poderosa voz de Jesús, es una prueba para nosotros que los muertos resucitarán a la voz de Jesús en el último gran día. Todo cristiano cree que habrá una resurrección de los muertos; pero, desafortunadamente, la gran doctrina de la resurrección no recibe de nosotros la prominencia que debería.

En tiempos antiguos, la resurrección fue predicada por los apóstoles como la suma y sustancia del Evangelio. Donde iba Pablo, sabemos que



hablaba acerca de la resurrección de los muertos; y luego, “unos se burlaban”. Pero ahora, usualmente, si hablamos del estado ulterior de los que han partido, generalmente nos enfocamos a la inmortalidad, mas no a la resurrección.

Ahora bien, la inmortalidad era conocida por los antiguos antes que llegara el Evangelio. Ellos creían en un tipo de inmortalidad, pero la resurrección nunca formó parte del pensamiento de los paganos. Muchos de ellos creían en la inmortalidad del alma. Los que habían sido iluminados por una poderosa razón, o habían recibido la influencia de una antigua tradición, creían que el alma no moría, sino que su vida continuaba en un estado futuro. Pero inmortalidad no es resurrección; y la inmortalidad del alma es muy diferente de la doctrina cristiana de la resurrección del cuerpo.

Nosotros creemos que el alma es inmortal, y que permanecerá para siempre; pero también creemos en algo más. Creemos que el cuerpo también es inmortal y que después que este cuerpo haya sido sembrado en el sepulcro, en el buen tiempo del Señor, será resucitado; y será trasladado al cielo, para gozar allí eternamente de la gloria, o será arrojado al infierno, para sufrir eternamente.

La doctrina de la resurrección de los muertos pertenece peculiarmente a la dispensación cristiana; nunca fue enseñada ni por los racionalistas ni por los filósofos. Ellos pudieron creer en la trasmigración de las almas, pero no sostuvieron la resurrección del cuerpo. Pero nosotros, como cristianos, ciertamente creemos que este cuerpo en el que ahora habitamos, aunque vaya a morir y vea la corrupción, se levantará otra vez del polvo; que, aunque sea consumido en la pira funeraria, sus cenizas, esparcidas a los vientos, se juntarán nuevamente. Nosotros creemos que, no importa qué hagan con el cuerpo: ya sea dividirlo, esparcirlo o juntarlo, Dios, por el ‘hágase’ de Su omnipotencia, reconstruirá esta estructura para que se convierta en la habitación del alma viva por siempre y para siempre. Nosotros no nos atrevemos a negar esto, porque es enseñado muy expresamente en los sagrados escritos, y ha sido demostrado plena y satisfactoriamente por el apóstol Pablo.

Y, oh, amigos míos, ¿no es acaso una bendición que resucitaremos de nuevo? Puedo ver a algunas personas en el auditorio cuyo traje de dolor

manifiesta que han perdido a un amigo; veo a otras, cuyos rostros consumidos por el tiempo me dicen que deben haber enterrado ya a su madre o a su padre; otras, yo lo sé, han devuelto al polvo a sus amados bebés; a otras personas les fueron arrancados de su pecho un precioso esposo o una esposa. Observo entre ustedes a varios, cuyas prendas de vestir me revelan que han enviudado recientemente, o han perdido al ser que amaban tiernamente.

¡Ah, que no desesperen los que se lamentan! Aquí tenemos un hecho real para ustedes: no sólo que su alma y el alma de sus seres queridos se encontrarán en la eternidad, sino que, en el mismo cuerpo en el que se extinguieron, si son creyentes, serán vistos por ustedes en el cielo. Los ojos de la madre tierna y piadosa, que una vez derramaron sus lágrimas en ti, te contemplarán en el cielo; y la mano de ese piadoso padre, ahora enterrado en su tumba, que alguna vez se posó sobre tu cabeza y te consagró al Señor, será tomada por ti en el cielo. No sólo el alma de ese bebé vivirá por siempre y para siempre, sino que su hermoso cuerpo, tan querido para ti como el cofrecito que contenía el alma de tu hijo, vivirá de nuevo. No será una resurrección ficticia; no será una nueva raza de criaturas etéreas, sino que los nuestros serán cuerpos reales.

Y, ¡oh!, hermanos míos, si todos sus amigos han partido ya, si se han ido en la fe de Jesús, los verán de nuevo. “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”. Pero todavía serán más bendecidos; “porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles”, y veremos los cuerpos de aquellos a quienes una vez amamos en la tierra. Esos cuerpos que una vez contemplamos en silencio, cuando yacían con toda la rigidez de la muerte, los veremos resucitados y glorificados, cuando esto mortal “se vista de inmortalidad”, y esto corruptible “se vista de incorrupción”. “Se siembra en debilidad”, y lloramos cuando vemos que lo bajan al sepulcro; pero “resucitará en poder”. “Se siembra cuerpo animal; y aunque ‘resucitará cuerpo espiritual’”, sin embargo, será un cuerpo prácticamente como lo fue antes; y lo reconoceremos como tal.

¡Oh, esperanza sagrada! ¡Oh, bendita esperanza!  
Que la gracia de Jesús ha provisto;  
¡Esa esperanza que, cuando pasen los días y los años,  
Nosotros encontraremos en el cielo!

No en una existencia separada consistente sólo en almas, sino almas y cuerpos también; y:

Allí, sobre un monte verde y florido,  
Nuestras almas cansadas y nuestros cuerpos también,  
Se sentarán,  
A relatar con gozos arrobadores  
Los trabajos de nuestros pies.

¡Ah, amados!, ¿acaso el cristianismo no vale la pena por todo esto? ¿Acaso esta doctrina alentadora, gloriosa, irresistible, sobrenatural, sobrehumana, de la resurrección de los muertos, no ilumina el sepulcro y lo inunda de esplendor sobrenatural? No me detendré a describirles la escena: podría hablarles de las tumbas silentes y de los cementerios junto a las iglesias cubiertos de hierbas añosas; podría describirles los campos de batalla; podría invitarlos a oír la voz de Jesús cuando, al descender al sonido de la trompeta, acompañado de un ejército sumamente grande de ángeles, diga: “¡Despierten, ustedes que están muertos, y preséntense a juicio!” Cuando clame: “¡Despierten!”), los ojos que han estado sin luz por muchos años se abrirán, y los cuerpos que han estado rígidos durante tanto tiempo recobrarán su energía y se levantarán. No resucitarán fantasmas envueltos en un sudario, ni se levantarán visiones, sino seres reales; ellos (las mismas personas que fueron enterradas), hombres reales y mujeres reales.

Me parece verlos en sus tumbas haciendo pedazos las mortajas enceradas, abriendo con fuerza las tapas de sus ataúdes y saliendo. ¡Ah!, los veremos; y cada uno de ellos resucitará. Resucitarán Lázaro, y Marta y María; y nuestros seres queridos, que hemos llorado durante tanto tiempo desde que partieron, nos darán mucho gozo cuando comprobemos que han sido recuperados.

Suficiente en cuanto a comentarios preliminares concernientes a la resurrección de los muertos.

Ahora tratemos el tema desde otra perspectiva. La muerte de Lázaro, el entierro en su tumba, y su putrefacción, son una figura y un cuadro de la condición espiritual natural de cada una de las almas. La voz de Jesús, clamando, “¡Lázaro, ven fuera!”, es un emblema de la voz de Jesús que da nueva vida al alma por Su Espíritu; y el hecho que Lázaro, ya con vida, continuó llevando sus vendas y su sudario por unos momentos hasta que fue desatado, es extremadamente significativo; pues si alegorizamos sobre ello, nos enseña que aun cuando un alma reciba la nueva vida espiritual, todavía lleva consigo algunos trozos de la mortaja, que solamente son quitados cuando Jesús dice posteriormente: “Desatadle, y dejadle ir”.

Nos proponemos, por tanto, considerar estos tres puntos: primero, el letargo de la muerte, en el que cada alma se encuentra por naturaleza; en segundo lugar, la voz de vida: “Jesús clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!” y en tercer lugar, el cautiverio parcial que inclusive el alma viviente tiene que soportar, emblemático por Lázaro que sale, con las manos y los pies atados con vendas, y con su rostro envuelto en un sudario.

I. Entonces, en primer lugar, tenemos aquí EL LETARGO DE LA MUERTE, en el que todos nosotros nos encontramos sumidos por naturaleza. Ven conmigo ahora, cristiano, a “la piedra de donde fuiste cortado”, al “hueco de la cantera;” a la arcilla fangosa “de donde fuiste arrancado”. Ven conmigo a las cámaras de la muerte; pues allí estuvo una vez tu alma, “muerta en tus delitos y pecados”. Hay algunas personas en este mundo, lo sabemos, que niegan rotundamente que el pecador esté realmente muerto en pecados. Yo recuerdo que, hace algún tiempo, escuché a un predicador que aseveraba que, aunque las Escrituras decían que los hombres estaban muertos, se referían a una muerte metafórica: que no estaban real ni verdaderamente muertos, sino sólo metafóricamente. Ahora bien, cuando hay una metáfora, a mí me gusta siempre apegarme a esa metáfora hasta el final.

Algunos de los eminentes doctores de la época de Rowland Hill, afirmaban que no existían los ángeles, que únicamente se trataba de metáforas orientales. “Muy bien”, comentó Rowland Hill, “entonces fue un

grupo de metáforas orientales el que cantó al nacimiento de Cristo: “¡Gloria a Dios en las alturas!” Los ángeles son metáforas orientales: entonces fue una metáfora oriental la que hirió a 185,000 combatientes del ejército de Senaquerib en una sola noche. Los ángeles son metáforas orientales: entonces fue una metáfora oriental la que se presentó a Pedro en prisión, y rompió sus cadenas, y lo condujo por las diferentes calles. “Verdaderamente”, dijo, “¡estas metáforas orientales son unas cosas maravillosas!”

Intentaremos aplicar la misma regla aquí. “¡Y él, metafóricamente, os dio vida a vosotros, cuando estabais metafóricamente muertos en vuestros delitos y pecados!” ¡Ese es un admirable evangelio metafórico! Además: “tener una mente carnal, es la muerte metafórica; tener una mente espiritual, es vida metafórica y es paz metafórica”. Un lenguaje así no tiene ningún significado. Amigos míos, este asunto acerca de la muerte metafórica es una insensatez; los hombres están realmente muertos en un sentido espiritual.

Pero debo decirles en qué consiste esta muerte. Para comenzar, entendamos que hay diferentes grados de vida. Está la vida de una planta, que la piedra no posee; por lo tanto, la piedra está muerta. Está la vida de un animal, que la planta no posee; y si se hablara de vida animal, podría describirse a la planta como muerta en ese sentido. Además, hay una vida mental; y puesto que el animal no tiene mente, podría decirse que el animal está muerto mentalmente. Luego hay un grado más allá de la vida del alma de un hombre: la vida espiritual.

El hombre impío tiene únicamente dos partes: alma y cuerpo; el cristiano tiene tres: cuerpo, alma y espíritu; y como un cuerpo sin un alma estaría naturalmente muerto, así, un hombre sin espíritu, un hombre que no haya tenido una chispa provocada por el grandioso ser de luz llamado Dios, está muerto espiritualmente. Sin embargo, hay algunas personas que aseveran que los hombres que son impíos están espiritualmente vivos. Vamos, pecador, si tú piensas así, debo debatir contigo por unos momentos.

En primer lugar, si tú estás vivo espiritualmente, y puedes llevar a cabo acciones espirituales, lo primero que te pregunto es, ¿por qué no las haces ahora? Algunos hombres afirman que pueden arrepentirse y pueden creer cuando ellos quieran, y no creen que para lograr esto necesiten del poder

del Espíritu. Entonces, amigo, si puedes hacerlo y no lo haces, mereces ser condenado; y sobre la base de tu propia ostentación, si hay un rincón en el infierno que hierva más que otros, allí deberían ponerte.

Además tengo que decirte esto, oh pecador; tú dices: “yo no estoy muerto; yo tengo vida espiritual, y puedo orar, y arrepentirme, y creer”. Permíteme preguntarte: “¿has intentado hacerlo? ¿Acaso dices que sí?” Bien, entonces sé que confesarás, a menos que mientas ante Dios, que has descubierto tu incapacidad. No ha habido nadie que haya procurado orar sinceramente a Dios, que no haya sentido que algo reprimía su devoción. Cuando ha venido ante Dios, bajo una agonía de culpa, suplicando a gritos la misericordia, ha sentido a ratos como si no pudiera orar, como si no pudiera proferir ni una sola palabra. ¿Acaso no ha sabido alguno de ustedes lo que es estar en esa condición en la que no pueden orar, que no pueden creer, que no pueden arrepentirse? ¿No han experimentado impotencia cuando ponen la mano en el corazón, diciendo: “¡Oh, Dios!, mi corazón es duro; quisiera que se derritiera; yo no puedo quebrantarlo?” Cuando quieren orar, ¿no sienten que su corazón está muy lejos, vagando por el mundo?

El mejor método de demostrar la incapacidad de un hombre, es ponerlo a hacer la actividad en cuestión. Cuando el joven dijo: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”, Jesús, sólo para probarlo, le dijo: “anda, vende lo que tienes”. ¡Ah, amados!, cuando Dios nos atrajo a Él, luchamos en oración, y Le suplicamos; pero fuimos enseñados, después de todo, que el poder para todo lo espiritual debe venir de Dios, pues hubo ciertos tiempos y ocasiones en los que orar era algo tan imposible como si hubiéramos intentado elevarnos al cielo, cuando creer era algo tan imposible como si hubiéramos intentado alcanzar la luna con nuestras manos. Nosotros no hubiéramos podido asir ninguna promesa; no hubiéramos podido enfrentarnos a ninguna tentación; nos sentíamos impotentes, perdidos.

¡Pecador!, yo te digo que tú estás muerto en relación a todos los asuntos espirituales, y permanecerás muerto siempre, si eres dejado a ti mismo; y tú no puedes alcanzar por ti mismo el cielo, absolutamente por ningún medio. Únicamente la voluntad soberana y el poder de Dios deben darte la vida,



pues de lo contrario tú no podrás hacer nada excepto pecar. Tampoco puedes por ti mismo hacer actos de justicia o venir a Jesús.

Me parece que alguien dice: “si no puedo hacer nada, me voy a sentar aquí, donde estoy, y voy a contentarme con eso”. ¡Cómo, hombre! ¿Acaso te sentarás, cuando el infierno arde ante ti, cuando el pozo abre sus fauces a tus pies, cuando la condenación te mira a la cara, cuando Dios está airado contigo, cuando tus pecados están rugiendo al alto cielo pidiendo tu condenación? ¿Te quedarás sentado? Te diré: tú no puedes ni debes atreverte a quedarte sentado. ¿Sentado? De igual manera un hombre podría sentarse sobre el techo de aquella casa, cuando las llamas están crepitando a su alrededor; de igual manera podría dejarse llevar por los rápidos de la corriente para ser destrozado de inmediato. ¡Ah!, si hablas de no hacer nada, me estás dando la mejor prueba del mundo que tú estás: “muerto en tus delitos y pecados;” pues si no estuvieras muerto, comenzarías a clamar: “¡Oh Dios, resucítame! ¡Oh Dios, dame la vida! Yo sé que estoy muerto; siento que no puedo hacer nada; pero Tú has prometido hacerlo todo por mí; aunque soy menos que nada, Tú tienes la omnipotencia para darme la vida”.

¿Acaso no ves, hombre, que te estoy abatiendo para que Cristo te levante? ¿Acaso no ves que te estoy humillando para que no perezcas, para que no seas hollado en el polvo, sino que más bien, como grano de trigo, puedas caer al suelo y morir, y después levantarte de nuevo y producir fruto? Pues nada puede llevar de mejor manera a un hombre al estado de la vida, que un sentimiento de la muerte; y si yo pudiera lograr que mis lectores reconozcan y sientan, cada uno en particular y todos en general, que están en un estado de muerte espiritual y de completa impotencia, yo entonces podría tener esperanza acerca de ustedes; pues ningún hombre puede confesar espontáneamente que está muerto, y a la vez quedarse sentado con toda tranquilidad; sino que clamará pidiendo gracia, y suplicará a Dios que le libere de esa muerte.

Pero hay algo que todavía debo decirles, antes de abandonar este punto; y es que el impío está en una peor condición que un muerto. Es semejante a Lázaro enterrado en su tumba. Ustedes recuerdan esas palabras llanas que Marta usó con Jesús, que están traducidas en claro idioma sajón, y me

atrevo a decir que el original hebreo es igualmente expresivo, “Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”. Ay, hermanos, esta es la condición de cada impío; no solamente está muerto, sino que se ha vuelto positivamente hediondo a los ojos de Dios.

Hay personas aquí, que yo podría identificar en este momento, que saben lo que quiero decir cuando afirmo que no sólo gimen bajo un sentido de muerte espiritual, sino que ellos mismos perciben su hedor en sus propias narices, y en las de Dios también. Yo te pregunto, pobre pecador convicto, ¿acaso vive o existe en este mundo alguna inmundicia mayor que tú? Yo sé que tú responderás: “no; podrá haber otras cosas inmundas y abominables, pero yo me siento la más despreciable encarnación de la inmundicia que pueda haber existido jamás; no siempre me consideré así, pero ahora sí me considero. Siento que no estoy simplemente muerto e impotente; yo mismo me siento ofensivo, tanto, que quisiera huir de mí mismo; es más, siento que soy ofensivo para Dios, totalmente aborrecible a Él”.

Bien, entonces, si ese es tu sentimiento, has sido abatido lo suficiente; pues es justamente cuando comenzamos a apestar, como le ocurrió al cuerpo de Lázaro, y cuando al igual que Marta, consideramos que no debemos albergar ninguna esperanza, que Jesucristo clama a gran voz, como lo hizo entonces: “¡Lázaro, ven fuera!”

Ahora ustedes pueden ver que he estado describiendo a la vez a mi congregación. Algunos de ustedes están vivos, han recibido la nueva vida de Dios. Pero en cuanto al resto de ustedes, estoy parado en una inmensa catacumba esta noche y muchas de las personas que me rodean están muertas, allá en los balcones y en la planta baja: hombres y mujeres que están espiritualmente muertos.

II. Pero ahora viene el proceso que obra portentos, LA VOZ DE VIDA. Jesús clamó: “¡Lázaro, ven fuera!”

Decimos entonces, en relación a este proceso que obra portentos, que Lázaro recibió la vida instantáneamente. Lázaro estaba en el sepulcro, muerto y descompuesto. Jesús clamó a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!” No leemos que haya transcurrido un solo instante entre el tiempo en que Cristo

dijo la palabra y Lázaro salió de su tumba. No le tomó al alma ni un segundo para volar desde el Hades al cuerpo de Lázaro; ni ese cuerpo necesitó de ninguna demora para revivir.

Así, si el Señor le habla a alguien, y lo resucita a la vida espiritual, es una obra instantánea. Hay algunas personas que están de pie por allá, que aparentemente están vivas; pero sienten, reconocen, confiesan, que están muertas. Bien, si el Señor te habla hoy, la vida vendrá a ti en un momento, en un solo instante. El poder de la gracia se muestra en esto, que convierte a un hombre instantáneamente, y en el preciso lugar.

Justificar no es un proceso que tome horas; la justificación se efectúa en un instante; regenerar no es un proceso que tome horas: la regeneración se lleva a cabo en un segundo. Nosotros nacemos y morimos, en lo natural, en instantes; y lo mismo ocurre en relación a la muerte espiritual y a la vida espiritual; no ocupan ningún período de tiempo, sino que son obras inmediatas, siempre que Jesús habla.

¡Oh!, si mi Señor clamara esta noche: “¡Lázaro, ven fuera!”, no habría ningún Lázaro aquí, aunque esté cubierto con el sudario de la ebriedad, atado alrededor con el cinturón de un blasfemo, o aprisionado en un inmenso sarcófago de malos hábitos e impiedad, que no hiciera pedazos esas ataduras, y saliera mostrando plena vida.

Pero, observen; no fueron los discípulos, sino Jesús, quien dijo, “¡Lázaro, ven fuera!” Cuán a menudo me he esforzado por predicarles, si fuera posible, para vida; pero eso no podría lograrlo nunca. Yo recuerdo, cuando he predicado en diversas ocasiones en el campo, y algunas veces aquí mismo, que mi alma entera ha agonizado por los hombres, cada nervio de mi cuerpo ha sido forzado, y podría haber llorado hasta que mi cuerpo se deshiciera en llanto y fuera arrastrado en un diluvio de lágrimas, solamente con el objeto ganar almas. ¡En ocasiones así, cómo predicamos, como si tuviéramos a los hombres ante nosotros personalmente, y los estuviéramos sujetando y suplicándoles que vengan a Cristo! Pero a pesar de todo eso, yo sé que nunca he logrado que un alma viviera, y nunca lo lograré; y estoy perfectamente consciente que todas las súplicas de todos los embajadores vivientes de Dios, no inducirán nunca a un pecador a venir a Jesús, a menos que Jesús venga a ese pecador.

Pedro pudo haber clamado durante un buen rato: “Lázaro, ven fuera”, pero Lázaro no se habría movido ni siquiera un centímetro; lo mismo le habría ocurrido a Santiago o a Juan; pero cuando Jesús lo hace, se realiza a la medida. ¡Oh!, ¿acaso no abate esto el orgullo del ministro? ¿Qué es él? Es una pobre trompetita por la que sopla Dios, pero nada más. En vano esparzo yo la semilla, porque la cosecha depende de Dios; y todos mis hermanos en el ministerio podrían predicar hasta quedarse ciegos, pero no tendrán ningún éxito, a menos que el Espíritu suministre la Palabra que revive.

Pero, pobre alma, aunque nadie pueda hacerlo, y aunque el ministro no pueda hacerlo, quisiera persuadirte si pudiera, que hoy, muerta como estás, Jesús puede hablarte para vida. Permítanme suponer un caso, pues me gusta hacerlo. Habrá alguien que dirá: “he estado viviendo en pecado durante cincuenta años, y ahora soy peor que nunca; mis viejos hábitos me atan de pies y manos, y no tengo ninguna esperanza de ser liberado”. Pero si hoy, lector, Jesús te dijera: “¡Lázaro, ven fuera!”, tú vendrías fuera al instante. “No”, dirás, “porque yo ya hiedo”. ¡Ah!, pero Cristo es más poderoso que tu corrupción. ¿Acaso dices: “yo estoy muerto”? No importa, Cristo es la “vida”. ¿Acaso dices: “estoy atado de pies y manos, y sumido en un calabozo de tinieblas”? No importa, Cristo es una luz en las tinieblas, y Él dispersará la oscuridad. Tal vez dices: “no lo merezco;” pero Jesús no le da ninguna importancia a los merecimientos. El cadáver de Lázaro no merecía nada; estaba pútrido, y únicamente merecía que la piedra cubriera su sepulcro para siempre. “Quitad la piedra”, dice Cristo; y, ¡oh, qué fetidez se esparció desde allí! Y puede haber algunas personas de quienes Jesucristo quite la piedra hoy; y puedan estar de pie junto a sus propias tumbas, sintiéndose ellos mismos despreciables y ofensivos. Pero sin embargo, lector, aunque seas ofensivo, Jesús no pide ningún mérito de ti; Él te dará Sus méritos. Él es el único que puede decir: “¡Ven fuera!” y tú mismo saldrás hoy de tu sepulcro, y recibirás vida en Cristo Jesús. ¡Oh!, que nuestro Dios despierte a muchas almas muertas que puedan estar presentes, y las traiga a vida por Su emplazamiento: “¡Lázaro, ven fuera!”

Me parece que escucho a otra persona que dice: “¡Ah! Yo me temo, señor, que si se me dijera que vaya fuera, el diablo no me lo permitiría. Él me ha estado oprimiendo por mucho tiempo, y ha estado tratando de

abatirme para que me quede quieto en mi tumba. Siento que está sentado en mi pecho, sumiendo todas mis esperanzas, y apagando todo mi amor”. ¡Ah!, pero déjame decirte, pecador, que no hay nadie abajo en el infierno que sea tan poderoso como Cristo en el cielo. El diablo está en Su poder; y basta que tú invoques a Cristo, si es que Él te ha permitido que emitas aunque sea un gemido, para que Él te llame: “¡ven fuera!” y tú vivirás.

### III. Ahora vayamos por unos instantes al último punto; y son LAS ATADURAS PARCIALES.

Aun cuando un alma es llamada por la gracia divina de la muerte a la vida, a menudo lleva sus vendas funerales por largo tiempo. Muchos de mis queridos amigos temen no ser convertidos, puesto que no son como el señor Tal y Tal, o la señora Tal y Tal; no poseen tanta fe ni seguridad, y no saben tanto como los demás; ellos tienen miedo de no estar vivos. Yo tengo una palabra de consuelo para ellos. El hecho de que Lázaro salió con las vendas y el rostro envuelto en un sudario, nos enseña que muchos de nosotros, aunque estemos vivos en Cristo, todavía tenemos nuestras vendas y sudarios pegados a nosotros. Yo creo que muchos arminianos tienen todavía su rostro envuelto en un sudario; es decir, todavía no están libres de confiar en las obras. Cuando estaban muertos, acostumbraban creer en la salvación por obras; ahora ya no creen en eso, pero todavía tienen algunos pedazos de vendas visibles a su alrededor. Todavía no han llegado a creer que la salvación es únicamente por la gracia soberana, sino que quieren mezclar algunas obras con la gracia. Temen que, después de todo, Dios los puede echar fuera del pacto. ¡Oh, si sólo pudiéramos arrancar el sudario que envuelve su rostro! No vamos a disputar con ellos, no nos vamos a enojar con ellos; pero nos parece que oímos a Jesucristo que nos dice: “Desatadle, y dejadle ir;” y nosotros intentaremos todas las vías a nuestro alcance, por medio de la predicación, para quitar el sudario de sus ojos, y dejarlos ver “una elección por gracia conocida por el llamamiento”, salvación plena, seguridad sin par, gracia selectiva, redención particular, y todos esos elementos que constituyen la grandiosa fortaleza del Evangelio de Jesús.

Sin embargo, ese no es el punto que quiero que consideremos en detalle hoy, porque creo que la mayoría de ustedes ya no tienen ese sudario en sus ojos. Pero cuando obtenemos por primera vez la vida espiritual, ¡cuántas

vendas permanecen a nuestro alrededor! Un hombre que ha sido un ebrio, aunque se convierta en un hijo vivo de Dios, descubrirá a veces que sus viejos hábitos todavía están adheridos a él. He conocido a muchos borrachos que han abandonado su borrachera, pero cuando pasan junto a una cantina han pensado que, por la vida de ellos, no podrían evitar entrar; y a menudo han estado cerca de descarriarse, y sus pies casi han resbalado. Y el hombre que ha sido un blasfemo, ha experimentado en ocasiones que las palabras viles casi han brotado de sus labios, aunque tal vez no tanto; espero que no tanto; pero habrá allí lo suficiente para mostrar que todavía algunas de sus vendas permanecen y lo sujetan.

Hemos conocido a ciertos hombres que se han entregado a otros tipos de vicios y pecados, y siempre que se ha presentado la oportunidad, ha estado allí brotando el viejo sentimiento, diciendo: “déjame hacerlo, déjame hacerlo”, y se han esforzado por aplastarlo, pero difícilmente han tenido la suficiente fortaleza; las vendas han estado todavía allí. Esas vendas se mantendrán muy ajustadas hasta que el hábito sea roto lo suficiente; y yo no creo que haya algún cristiano que no tenga sobre sí algunos jirones de sus vendas; y eso llevaremos sobre nosotros, hasta que seamos depositados en la tumba. Miren al pobre Pablo; ¿quién podría ser más santo que él? Sin embargo, clamaba: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” Que esto consuele y aliente al hombre que ha venido a Cristo, pero que todavía contiene con su corrupción.

Tal vez tu incredulidad te dice: “si fueras un hijo de Dios, no tendrías estos pensamientos e inclinaciones inicuos”. Pero, déjame preguntarte, ¿odias esos pensamientos e inclinaciones? Entonces dile al diablo, la próxima vez que te asedie así, que miente, pues verdaderamente esta no es una señal que no perteneces al Señor, sino más bien una señal que eres Suyo; pues si no fueras un hijo de Dios, no te importarían estas cosas, pero puesto que tú eres Su hijo, contiendes contra ellas.

Estas inicuas vendas se manifestarán a veces; conocemos a algunos que nos dan la impresión que no pudieran deshacerse de sus viejos temperamentos irascibles mientras tengan vida. Sus vendas han sido rasgadas en jirones por la gracia divina; no llegan a atar sus brazos: pero los retazos todavía cuelgan a su alrededor; y nuestros hermanos, aunque



convertidos, todavía parecen inclinados algunas veces a calentarse y ser fieros; y nos encontramos con ejemplos, de vez en cuando, inclusive en la iglesia, de personas que no pueden precisamente reprimirse; tienen todavía algunas de sus vendas que los sujetan.

No piensen que hablo para exonerarlos o excusarlos; estoy esforzándome por consolarlos. Pueden estar espiritualmente vivos a pesar de estas vendas que permanecen en ustedes, si luchan contra ellas y tratan de deshacerse de ellas; pero si las aman, no son sus vendas mortuorias, sino sus vestidos vivos; están haciendo la obra de su padre, y recibirán sus salarios. Si sienten que sus pecados son una mortaja, y anhelan deshacerse de ella, aunque no puedan conquistar todos sus pecados y corrupciones, no desmayen; confíen en Cristo. Aunque sus vendas mortuorias todavía los cubran, confíen en Su misericordia y Su gracia; pues muy pronto Jesucristo dirá: “Desatadle, y dejadle ir”.

Primero somos liberados de un mal hábito, y luego de otro. Mientras viva, sentiré que llevo algunas de las vendas que me sujetan, el vestido que me estorba, y el pecado que me asedia con mayor facilidad. Pero muy pronto, (podría ser mañana, podría ser dentro de algunos años; quizás algunos me rogarán que sea dentro de muchos años; pero no sé por qué habríamos de desear eso), pero muy pronto, el tiempo vendrá y Cristo dirá: “Desatadle, y dejadle ir”.

Veo a uno acostado en su cama; sus ojos miran arriba, al cielo; el pulso se desvanece y es intermitente; el aliento es obtenido con mucho esfuerzo; el cuerpo se está descomponiendo. ¿Qué significa todo esto? Pues, que los alambres de la jaula se están desmontando; y muy pronto, cuando la enfermedad y el dolor hayan cumplido su trabajo, Cristo dirá: “Desatadle y dejadle ir”.

Recuerdo haber escuchado a un hermano ministro que me comentaba acerca de la agonía de su piadosa hermana. Cuando ya estaba a punto de morir, dijo: “enderécenme un momento”, y así lo hicieron. Luego ella dijo:

¡Oh!, que la palabra final fuera dada,  
Desátenme, y permítanme subir al cielo,  
Y arroparme en Dios.

En un instante o dos, se desplomó. Dios había dicho: “Desatadla, y dejadla ir”. ¡Oh!, cómo se gozarán los espíritus incorpóreos cuando Dios diga: “¡Desatadlos, y dejadlos ir!” Nosotros estamos encadenados ahora; seremos emancipados entonces. Entonces nuestros espíritus volarán más rápidamente que el relámpago fugaz; entonces serán llevados por ráfagas de aire más ligeras que los temporales del norte y que los vientos del sur. Volaremos hacia nuestro Dios, y seremos libres para siempre de todo lo que ahora nos angustia; pues Dios habrá dicho: “¡Desatadlos, y dejadlos ir!”

Y ahora, mis queridos lectores, un pensamiento o dos, para concluir. Antes de que Dios diga: “¡Desatadlo, y dejadlo ir!” recuerden que tienen que haber recibido la vida. Ahora vengo a esta última pregunta solemne, ¿cuántos de nosotros en este lugar tenemos vida hoy? ¡Cuán frecuentemente se da el caso que predicamos a nuestra gente con toda nuestra alma y poder, y sin embargo nadie se aplica esa predicación! ¡Cuán a menudo, amigos míos, he predicado en vano, por el simple hecho que el que me oye ha escuchado, pero no ha habido ninguna aplicación para su propia alma! ¡Oh!, pero no quiero dejar que se vayan, débil como soy e incapaz de decirles mucho, hasta no haber intentado que se graben este tema en sus almas.

Queridos lectores, dentro de poco tiempo yo también debo estar ante el tribunal de Dios; y cuando pienso en ello me pongo a temblar. Cuando vienen a mi mente las decenas y centenas de miles de personas a las que he ministrado la Palabra del Evangelio, y pienso que si se encontrara una persona, en el último día, que me achacara su condenación, ¡cuán horrible y terrible sería mi porción! Si después de haber predicado a otros, hubiera sido infiel, y demostrara ser un desechado, ¡qué cosa tan terrible sería eso!

En estos días, cuando se anuncia que se va a predicar un sermón especial, la gente se apresura a oír a ese predicador popular, o a alguien de quien se habla mucho; pero, ¿saben ustedes lo que hace ese hombre cuando predica, y lo que hacen ustedes cuando oyen? ¿Están ustedes conscientes que cada vez que un hombre se para en el púlpito, si es infiel, se expone a la ira de Dios? ¿Saben ustedes que si, al fin, ese hombre que se para a predicar a la gente, fuera descubierto como predicador de falsa doctrina, su condenación sería horrible en extremo? Y, recuerden ustedes que, cuando oyen, no es como si fueran a ver una obra de teatro, o a escuchar un recital.

Ustedes están escuchando a un hombre que profesa hablar por Dios, y para Dios, y hablar para bien de ustedes; y su corazón los anhela vivamente. ¡Oh, es un trabajo solemne predicar, y debería ser un trabajo solemne oír! Pues el Señor nos llamará a rendir cuentas en el último gran día por cada predicación y cada acción de oír, cuando Él juzgue los secretos de los hombres por Jesucristo.

¿De qué ha hablado el predicador hoy? Les ha dicho, primero, que todos ustedes están muertos; y algunos de ustedes se irán y se reirán de eso; pero reírse de esto no les dará la vida. También les ha dicho, a continuación, que Cristo puede darles la vida, aunque ustedes desprecian a ese Cristo; pero, fíjense, el desprecio hacia Él no los liberará de la condenación en el último gran día. También les ha dicho acerca de las vendas de muerte que sujetan a algunos de ustedes, y tal vez estén tentados a reírse; pero fíjense bien en esto, si no se duelen por esas vendas de muerte aquí, tendrán que llevar resonantes grilletes por toda la eternidad.

¿Estaba hablando de ficción cuando dije eso? No hablo de ficción, sino de una espantosa realidad. Hay en algún lugar, (sólo Dios sabe dónde está), un sitio donde el fuego de la Gehena torturará los cuerpos para siempre, y donde una miseria inenarrable causará dolor a las almas. Y, ¡oh, tiemblen cielos, y sacúdanse colinas! ¡Oh, tierra, deja que tus sólidas costillas de bronce se estremezcan, y que tus entrañas se disuelvan! Es un hecho, y un hecho terrible, que hay un infierno. No sé dónde está. Mi espíritu no anhela visitar esa terrible región; pero si tuviera alas, podría volar a algún lugar y encontraría un infierno; no un cuadro, no un sueño, sino un positivo infierno; y allí hay almas, hoy, que están mordiendo sus ataduras de hierro, y dando alaridos bajo una tortura inexpresable. Y algunos de los amigos y parientes están allí, tal vez personas que ustedes conocieron en la carne, el hombre con quien vaciaban las copas de vino, la ramera, el adúltero, el ladrón, y personas semejantes. Allí están ellos, en el infierno, en este momento.

¿Creen eso? Yo no creo que lo crean; pero, ¿creen en la Palabra de Dios? O, ¿son infieles duros y niegan todo? “Es verdad”, dices. Entonces, ¿eres tan insensato e irracional como para perseverar en el camino que sigues? Oh, señores, si hubiera un tremendo precipicio, y yo viera que se

acercan rápidamente a él, ¿no les gritaría para advertirles, diciendo, “¡alto!, ¡alto!, ¡alto!, hay una tragedia ante ustedes?” Y, ¿acaso no puedo hoy suplicarles por su vida, que pongan un alto a su curso de pecado? Pues, “la paga del pecado es muerte”, mientras que la “dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”, de Quien están huyendo, a Quien están evitando, y están ofendiendo.

¿Acaso no debo suplicarles? ¿Irán al infierno con los ojos vendados, y no habrá nadie de sus compañeros que retire la venda de los ojos? ¿Acaso no los podría llamar, sin ser considerado un loco, o un fanático? Bien, si estoy loco, a ese respecto, ¡que sea un loco para siempre; y si eso es ser demasiado fanático, que nadie sea sobrio! Pero si es locura o fanatismo ir al cielo, ¡cuánto más no lo es ir al infierno!

¡Oh, Dios, muestra a estas pobres almas cuál será su porción en las llamas, y diles, por tu pura misericordia, diles, qué es la salvación por Jesucristo! ¿Acaso me piden que se los diga antes de terminar? ¿Acaso estoy oyendo a alguien que pregunta: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” Yo respondo: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Está escrito: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”. Si confías en Jesús hoy, serás salvo. No dice: tal y tal persona que crea, sino “el que creyere”, aun si es un borracho, o un blasfemo, o cualquier otra cosa, “El que creyere y fuere bautizado”. Observen cómo los dos elementos están unidos; yo no me atrevo a separar lo que Cristo ha unido, ni me atrevo a invertir el orden apropiado: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”.

Adiós por hoy, amigos; tal vez no me voy a reunir con ustedes más en este mundo. Antes de que venga otro domingo, tu cadáver podría ser sepultado en la tumba. ¿Quién de nosotros será, de quién se alimentará el diente hambriento de la muerte, antes que otro domingo deje oír el repique de sus campanas? ¡Oh!, si tú eres el hombre, o si el predicador es el que está sentenciado, que se pueda cumplir:

Prepárame, Señor, para Tu diestra;  
Y luego que venga el gozoso día;  
Que venga la muerte, y alguna compañía celestial,  
Que se lleve mi alma.

Pero otra persona dirá: “nunca más voy a volver a entrar en esta capilla; no veré otra vez a ese hombre; no volveré a oír su voz”. Adiós, amigo mío; espero que quieras oír a alguien que sea tan fiel para contigo; y si encuentras a un hombre que te ame más, o que esté dispuesto a sufrir por tu causa, ¡ve y óyelo, y que Dios bendiga a ese hombre para tu alma! Pero otro dice: “no quiero oír más acerca de este asunto; es puro lenguaje enredado; es un sinsentido; no voy a cambiar”. ¡Ah!, querido lector, si te veo yendo a la destrucción, y tú no te das cuenta, sigue siendo destrucción a pesar que tú no la veas.

Pero otro dice: “hoy me voy a entregar a Jesús, pues sé que necesito la vida. Estoy sepultado, soy un cadáver; y aunque no me puedo mover, yo sé que, cuando Él pase junto a mí, me dará la vida”. ¡Tienes que ir! Dios tiene algo para ti; ve y cae ante Él. Tú recibirás la vida que te será otorgada; ve y acéptala. Pues dondequiera que haya un “ahora”, es de Dios. El Espíritu Santo dice: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”.

A handwritten signature in yellow ink, appearing to read 'C. H. Anderson', is centered on the page. The signature is written in a cursive, flowing style with a blue shadow effect.